Restos

Cuadernos de lectura

ESCRITURAS DEL PSICOANÁLISIS

J.-B. Pontalis

Posdata

A *El amor de los comienzos*

de la cultura – de la barbarie
Dirección: Nicolás Vallejo

J.-B. Pontalis · Posdata

Traducción íntegra de «Post-scriptum», en *L'amour des commencements, suivi d'un post-scriptum inédit*, Gallimard, colección Folio. Ejemplar consultado: impresión de marzo de 1994, ISBN 2-07-038854-9. Páginas impresas 205–214; páginas 207–216 del PDF proporcionado.

Texto fechado por el autor en Belle-Île, el 23 de julio de 1989. Traducción de trabajo del francés realizada para esta edición con asistencia de IA. El original no contiene notas al pie. El recuadro reproduce una frase de la traducción.

Material de estudio y seminarios. Edición no comercial, sin fines de lucro. Venta prohibida. Los derechos del texto original corresponden a sus titulares.

Citación sugerida: Pontalis, J.-B. (1994). Post-scriptum. En *L'amour des commencements* (pp. 205–214). Gallimard. Traducción de trabajo: «Posdata», *Restos · Cuadernos de lectura*, 2026.

Es en el mismo pequeño escritorio donde compuse este libro, es en la misma isla donde escribo este epílogo a pedido de mi editor inglés. Ha llegado el tiempo de las vacaciones, una palabra que para mí siempre rimará con infancia, un tiempo que señala a la vez la repetición en lo que tiene de natural, de tranquilizador —la confianza que da el regreso de las estaciones y, ante todo, el del pleno verano—, la libertad de las horas, el redescubrimiento de placeres inmediatos que hacen creer en la permanencia de nuestros deseos, en la simplicidad de su objeto, en la garantía de su satisfacción. Por poco hablaría de «vacaciones largas», como el estudiante de liceo cuando termina el año escolar, cuando la distribución del tiempo, con sus horarios precisos, obligatorios —aunque a veces amamos esa obligación tanto más cuanto que tememos el vacío, la vacancia de los tiempos muertos—, deja de regular nuestros días, de recortarlos en otras tantas actividades bien definidas.

¡Qué reglada es la vida de un psicoanalista, con su sucesión de sesiones, semana tras semana! ¡Qué inmóvil, en su consultorio cerrado, en el hueco de su sillón profundo! Quizá sea un rasgo propio de mí, pero a menudo me sorprende ver a mis colegas tan poco perturbados por ese estado de cosas y por la contradicción que le es inherente: nosotros, que esperamos que una mayor libertad de movimiento, un poco más de juego y un poco menos de coerción interna sean el beneficio de nuestras curas, me parece que nos imponemos una condición cercana a la de prisioneros encadenados —las cadenas de la transferencia—, que estamos como obligados a una suerte de parálisis física apenas interrumpida por gestos tímidos: tomar un cigarrillo, estirar las piernas, abrir la puerta, pero para volver a cerrarla enseguida… Estamos destinados a conocer —y no siempre— únicamente una movilidad psíquica; y aun esta se encuentra siempre al servicio de los pacientes. Al decir esto, no pretendo, como hoy se acostumbra, insistir todavía más en el «sufrimiento» del psicoanalista, en su soledad, en la incomodidad de su posición de objeto idealizado o persecutorio, en su función de receptáculo de angustias de toda índole o de vertedero de proyecciones, en el malestar al que puede conducirlo, hasta perder de vista su propia identidad, la diversidad de los papeles que se le atribuyen. No, solo me pregunto de qué necesitamos tomarnos vacaciones nosotros, que somos precisamente los únicos que «estamos en análisis» toda la vida. ¿De qué «demasiado lleno» deseamos desprendernos y, a la inversa, por qué nos apresuraremos a reencontrar, cuando el verano haya terminado, ese oficio imposible que es también nuestra pasión? ¿Acaso, sin él, quedaríamos reducidos a nosotros mismos, a un yo siempre idéntico? ¿Serían nuestras sesiones del día el equivalente de nuestros sueños de la noche, esa fuente subterránea que vuelve a ponernos en contacto con lo infantil y, lo que es todavía más importante, nos hace medir hasta qué punto

lo que llamamos realidad no es más que una pequeña porción extraída de una infinidad de posibles? Dejar de soñar es estar medio muerto, es hacer de la realidad la única ley.

La práctica del análisis es, a la vez, lo que me impide escribir y lo que me lo permite. Este libro resulta de esa contradicción. A lo largo de los meses de trabajo puedo, para una revista, con ocasión de un coloquio, redactar un artículo, pronunciar una conferencia en relación más o menos directa con mi práctica, pero necesito el entreacto de las vacaciones, es decir, otro tiempo, otro espacio —limitado, pero abierto al cielo y al océano: aquí estoy en la isla—, para sentir la necesidad de una escritura más vagabunda que, en el extremo, no tiene otro objeto que ella misma: lo que se llama literatura.

Porque *El amor de los comienzos* es, si se me permite el énfasis de la fórmula, un libro de literatura. En todo caso, me gustaría que se lo leyera así y no como un documento o el testimonio de un psicoanalista. En ningún momento de su redacción me pregunté si hablaba o no como psicoanalista; solo obedecí a una exigencia, por lo demás no formulada: la de hacer oír mi voz, y esto, si puedo decirlo así, a mis propios oídos; ¡mi voz, como si temiera, después de tantos años dedicados a escuchar las voces de los otros, perder la mía! Los acontecimientos relatados, a veces anécdotas ínfimas, eran secundarios; se inscribían, sin plan preestablecido, al correr de la pluma; era ese hilo el que yo sostenía y el que me guiaba, más que la memoria. He dicho acontecimientos relatados; no, más bien evocados —en la evocación hay voz, hay llamado, a algún dios desconocido y secreto — y, por supuesto, cuando se busca la propia voz íntima, lo que se encuentra son toda clase de voces extranjeras… En nosotros, esas voces están a la vez extraordinariamente diferenciadas y mezcladas: la de una maestra desconocida puede quedar tan grabada, tan presente, como la de maestros ilustres como Sartre o Lacan; la de una mujer amada en otro tiempo, que a veces lo dejaba a uno sin pala-

bras de tan inasible que era, convive con la de una madre escuchada cada noche al otro lado del teléfono; la de un paciente cuyo sufrimiento discreto, disimulado por la ironía, me había tocado en lo vivo, resuena en el presente como si todavía estuviera en sesión con él… Las múltiples voces no provienen todas de la infancia: creo que, afortunadamente, nunca se termina de apropiarse de los otros, nunca se termina de devenir uno mismo otro, pero, al menos en lo que a mí respecta, siempre están referidas a lugares. La memoria está menos subordinada al tiempo, ese enigma, que al espacio, que le da forma y consistencia: un aula, una casa con su jardín, un hospital, habitaciones cada una de las cuales conserva para siempre sus olores particulares. Nuestra memoria: una *camera oscura* o, más prosaicamente, un cuartucho donde se esconden restos inútiles, donde brillan destellos ardientes: lo dispar de un desván sin edad.

El proyecto de este libro nació de una sugerencia de un colega: «Estudiaste filosofía, fuiste alumno de Sartre, amigo de Merleau-Ponty, miembro del equipo de *Les Temps Modernes*, después llegaste al psicoanálisis a través de Lacan, etcétera. ¿Por qué no escribís tu autobiografía intelectual?». De esa primera incitación queda muy poco en el resultado final, tanto en lo que concierne al propósito autobiográfico como al registro intelectual. La intención inicial tomó casi de inmediato otro rumbo.

¿Autobiografía? Ciertamente, para los aficionados a los «géneros», este libro puede clasificarse bajo esa rúbrica. Sus capítulos están escritos en primera persona, salvo dos de ellos —que, sin embargo, son sin duda los más íntimos— en los que un «él» sustituye al «yo». Pero es una autobiografía que, por una parte, ignora la cronología y, por otra, es muy parcial: aspectos enteros de mi vida no se evocan en ella, ni siquiera de manera alusiva. «Auto», sin duda, pero no «biografía»: una «autografía», si se quiere, una grafía de sí que crea un yo mediante lo escrito.

Y, además, convencido por la experiencia del análisis y, antes de ella, por la lectura de los historiadores, de que toda historia, por verídica que se pretenda, es una reconstrucción realizada a partir del presente, no me preocupé por ser «objetivo». Sé que no mentí, es decir, que no falseé deliberadamente hechos o fechas, pero hice mía la idea de que la memoria es, en gran medida, ficción, mi ficción de hoy. No habría que escribir una autobiografía, sino diez, sino cien, porque, aunque solo tengamos una vida, disponemos de innumerables maneras de contárnosla. Esta vez elegí un eje, sin por eso prohibirme tomar algunos caminos laterales, y definí ese eje desde las primeras líneas como mi relación con el lenguaje —puede que este libro no sea más que una versión personal de *Las palabras* de Sartre…—. Un tema que podría juzgarse «intelectual» si se piensa en todo lo que han podido escribir sobre la cuestión los filósofos, los lingüistas, los ensayistas y, más recientemente, sobre todo en Francia, los psicoanalistas. Pero mi propósito no era, aun si hubiera tenido las competencias necesarias, aportar una contribución a una teoría del lenguaje, de la lengua y de la palabra. Proponer ideas, exponer y defender una tesis es una cosa, y no faltan profesionales que se arriesguen a hacerlo. Pero la mayoría de las veces permanecen mudos acerca de lo que los condujo a ello, acerca de las fuentes personales y del trayecto singular, haciéndonos creer que las ideas se engendran a sí mismas y siguen un desarrollo autónomo. Ahora bien, cada análisis nos lo enseña: esa visión puede tranquilizarnos sobre el fundamento de nuestras concepciones, pero ignora por completo su génesis. Nuestras teorías más lógicas están construidas según el mismo modelo que las teorías sexuales del niño; simplemente, a veces son menos «geniales» —la palabra es de Freud—. Mi interés por el análisis, mi gusto por la escritura, incluso mi trabajo editorial, antes de convertirse en las actividades que me ocupan, tienen su origen lejano en impresiones, pasiones, tormentos aparentemente sin relación con ellas; son el resultado de un recorrido que ignoraba su propio fin. *El amor de los comienzos* vuelve a trazar ese

recorrido a posteriori y a su manera, que quise no demasiado ordenada; o, más bien, lo traza, porque un libro es un comienzo, no una repetición. Quizá, con el paso del tiempo, la primera pregunta, «¿De dónde vienen los niños?», deje lugar a esta otra: «¿De dónde nos vienen nuestros pensamientos?».

*

Algunos lectores —sobre todo psicoanalistas— me hicieron saber su sorpresa, quizá su decepción, ante el carácter relativamente «clásico» —entendido en el sentido de poco innovador— de este libro: forma generalmente narrativa, preocupación visible por una escritura dominada, etcétera, a mil leguas, ciertamente, de lo que es el uso de la palabra en psicoanálisis. No pretendo aquí declararme culpable ni justificarme, sino, más allá del caso particular de mi libro, plantear una pregunta: ¿podemos transponer a lo escrito la asociación libre hablada, las rememoraciones súbitas, los movimientos transferenciales, las repeticiones y la discontinuidad del discurso? No lo creo. Buscar reproducir, imitar lo que llamamos proceso primario es, bajo la apariencia de una mayor veracidad, un ejercicio artificial, como pudieron serlo los intentos de pintores y cineastas de expresar en imágenes plásticas o cinematográficas nuestros sueños nocturnos. Giorgione, a mis ojos, es más onírico que Salvador Dalí… La expresión directa del inconsciente es un señuelo; la figuración inmediata de un sueño, imposible. De otro modo todos seríamos pintores, todos seríamos poetas. Y no lo olvidemos, en este tiempo en que se exalta sin descanso la creatividad de cada cual: ¡la poesía es una ciencia exacta, la pintura un oficio y la literatura un estilo!

Como editor tuve ocasión de leer numerosos manuscritos de analizantes deseosos de permanecer lo más cerca posible de las palabras dichas y escuchadas, así como de las emociones experimentadas

durante sus sesiones. Por conmovedora que pudiera ser su sinceridad, para el lector era un fracaso: no se transmitía ni el sentido ni el afecto. La razón es simple. Al asociar al sueño y al duelo la palabra *trabajo*, hasta hacer de ellos un todo —en una formulación paradójica, aunque se haya vuelto banal para los usuarios que somos—, Freud ponía de manifiesto que actividades de apariencia tan simple, tan evidente, como soñar, como experimentar y luego superar una pérdida, no eran poca cosa. Lo mismo ocurre con quien emprende la escritura. Trabajo, aquí como allá, no implica necesariamente esfuerzo y pena, sudor y lágrimas: significa transformación. El sueño transforma sensaciones presentes, restos de la víspera, rostros y recuerdos, personas y lugares: es una fábrica. El duelo transforma el objeto perdido, lo incorpora y lo idealiza, lo fragmenta y lo recompone, y para hacerlo necesita tiempo. Pero la analogía con la escritura no reside solamente en el trabajo: escribir es también soñar, es también estar de duelo, soñarse —y soñar el mundo, en el caso de los más grandes—, estar animado por un deseo loco de poseer las cosas mediante el lenguaje y experimentar en cada página, a veces en cada palabra, ¡que nunca es eso! De ahí la febrilidad y la melancolía que siempre acompañan, alternándose, el acto de escribir. La experiencia analítica no ignora esa alternancia y podrían multiplicarse los puntos de convergencia. Pero siempre quedará una diferencia fundamental: la palabra que autoriza el diván nunca hará obra, solo es eficaz a condición de aceptar extraviarse, mientras que todo escritor, e incluso el escritor aficionado que soy, sabe que debe estar constantemente atento a la elección de las palabras justas, a su sonoridad, al movimiento de la frase, al ritmo, a la forma que poco a poco irá tomando su libro. Es a ese precio como tiene alguna posibilidad de transmitir a su lector desconocido algo en lo que este pueda, a su vez, reconocerse.

> «Trabajo, aquí como allá, no implica necesariamente esfuerzo y pena, sudor y lágrimas: significa transformación».

Escribir no es, ante todo, expresar o comunicar, ni siquiera decir; menos aún, como repiten machaconamente demasiados críticos eruditos de nuestros días, «producir texto»; es querer dar forma a lo informe, algún asiento a lo cambiante, una vida —pero qué frágil, lo sabemos— a lo inanimado. Lo que el autor, al igual que el lector, espera obtener entonces no es, como ocurre con el escrito científico, una verdad probatoria, ni siquiera un fragmento único de verdad, sino la ilusión de un comienzo sin fin. Mientras haya libros, nadie, jamás, tendrá la última palabra.

Belle-Île, 23 de julio de 1989.